

## La generación de la crisis III

## Simpatías

SI tal como hemos intentado mostrar, existe una generación cultural que emerge en el país hacia 1955, ello tiene varias consecuencias en el campo de la teoría generacional Ortega-Murias que manejamos como fondo del cuadro: de acuerdo con la periodización a base de 15 años, alcanzaría su punto de incidencia pública por 1963, fecha en que le dedicamos el suplemento especial de *MARCHA*. Bienvenida a los jóvenes (Nº 1188, 27/XII/1963); la generación cultural anterior ha sido mal designada por sus propios integrantes, no existe una generación del 45 sino del 40 cuyo punto de incidencia pública oscila alrededor de 1947, la cual, para ser más precisos, y tal como hemos tratado de fundamentar en *MARCHA* (Nº 1220, 28/VIII/1964) tiene su emergencia hacia 1939, siendo movida y determinada por el complejo socio-espiritual de la época, que también acarrea la aparición del semanario donde se expresará con más amplitud.

Los poetas, narradores, dramaturgos, críticos, ensayistas, que comienzan a actuar en el momento en que se desencadena la crisis al resquebrajarse las condiciones socio-económicas que hicieron viable por años las estructuras básicas del país, no guardan mayor vinculación, salvo la que prestan los pequeños sectores de amigos o compañeros de estudios. Las vinculaciones intergeneracionales se robustecerán en forma progresiva, a partir de la creación de los órganos de expresión donde se aglutinen, amén de por amigos, por asociados estéticos. En la misma medida se irán percibiendo los rechazos y las oposiciones internas que ya a esta altura son evidentes. La principal vinculación, en los comienzos, se da indirectamente; tiene que ver con la opción de los mayores, o sea con la subrepticia elección de conductores que efectúan los más jóvenes, ya que en estas zonas se elige y nada se impone. Al mismo tiempo, esta opción permite establecer la estrecha relación de estos jóvenes con la generación anterior.

Respecto a los elementos intelectuales formadores de la generación de la crisis, debe apuntarse algún funcionamiento curioso. Es difícil determinar los autores y obras extranjeros que les correspondan de modo específico. En este renglón hay que comenzar por reconocer lo cierto de una confesión —“No leíamos demasiado”— hecha por uno de sus integrantes (De Torre Wilson), y registrar luego que los autores y corrientes estéticas extranjeras recientes no han ejercido influencia marcada sobre los literatos, de esas de tipo absorbente y determinante, como la de Faulkner sobre Onetti. En cambio se registra un hecho nuevo: la influencia con esa fuerza de los escritores nacionales, como el propio Onetti sobre Lacoste o Musto como Benedetti sobre Conteris o Alsina.

Los jóvenes literatos leen, junto a los nuevos autores extranjeros y en el mismo plano de interés, a los que ingresaron al país desde 1940 resultando conformadores de la generación crítica de entonces —Kafka, Faulkner, Hemingway, los neorrealistas italianos, Huxley, Malraux, etc.— lo que impone la continuidad con los intereses de los mayores, quienes, por lo demás, también se muestran interesados en Grass, Salinger, Updike, Bellow, Sillitoe, Calvino. La diferencia radica en que, junto a estos extranjeros, y quizás más, leen los jóvenes a los autores nacionales, en particular a los de la generación inmediata anterior que ha sido una de las primeras en conquistar audiencia pública, sostenida y amplia. La otra diferencia, que incide especialmente sobre los ensayistas pero que también afecta a los literatos, radica en el abandono de la exclusividad literaria, lo que llamábamos el “hecho estético puro”, en beneficio de una ampliación del conocimiento sobre el campo de las ciencias de la cultura. Nada puede tipificar mejor esta modificación que el cambio editorial de los últimos años, demostrando, de paso, que estamos ante un fenómeno latinoamericano, o al menos regional. Mientras que la generación del 40 hizo su biblioteca con libros de Emecé, Losada, Sudamericana y unos pocos del Fondo de Cultura, la tendencia actual está marcada por esta última y especialmente por la reciente y exitosa EUEBA, así como por la proliferación de editoriales sobre temas de sociología, economía, política, etc.

A esto cabe agregar la disolución de la exclusiva influencia literaria, sus-

tituida o distorsionada por otra más directa que ha devenido avasallante: el cine. Cuando se habla de la influencia de Pavese, es frecuente que se aluda a lo que el escritor aprendió de Pavese en Antonioni; cuando se habla de Marguerite Duras o Robbe Grillet es probable que se esté pensando en las imágenes de Alain Renais. Si bien el país viene entrando desde hace años en la tan mentada civilización de la imagen, como se ha definido la de mediados del XX, sólo en este decenio se ha intensificado su imperio por obra de la masificación cinematográfica, la incorporación de la televisión, el ingreso de la revista profusamente ilustrada (entre nosotros el intento de *Reporter* en 1961-62) y la adopción de la primacía de la imagen tanto en los diarios como en los libros. El efecto se ve por una parte en el descenso permanente de la lectura, que si bien se ha hecho sentir en esta generación de la crisis sin duda será más fuerte en la inminente del 70, y por otra, en el artilugio de las imágenes aplicado a la creación artística literaria. La sensación, frecuente en los jóvenes narradores, de que presentan en vez de cuentos, guiones algo desarrollados, como la incorporación veloz de temas cinemáticos, y las innovaciones del ritmo y el montaje de la narración (que tienen maestros tan antiguos como Dos Passos), parecen provenir de la penetración de las técnicas del cine en la literatura.

En cambio tuvieron visible influencia las publicaciones nacionales, diarios y revistas, del tipo de la página de Espectáculos del diario “El País” en el período primero de su organización (entre los años 1955 y 1959, con Washington Roldán, Antonio Larreta, Homero Alsina) y sobre todo el semanario *MARCHA*. El citado De Torre Wilson (en *La conciencia histórica uruguaya*) afirma: “Por sobre todo, más que todo, leíamos ‘Marcha’, ‘Marcha’, la Biblia de los viernes como la llamé alguno, era nuestro alimento espiritual, el tema de nuestras discusiones, el hilo de nuestra conciencia. Nuestra semana, nuestro tiempo se medía, casi, de viernes a viernes”. Este testimonio tan categórico, reforzado por otros de tipo oral, tendría sin embargo objetores: Ruben Cotelo, al comentar afirmaciones mías (en *Sur* 293) sobre el papel conformador del semanario en la generación de la crisis, aparte del muy reconocido y obvio en la anterior, lo puso en duda sin dar razones de la discrepancia.

Este comportamiento que robustece lo nacional en desmedro de lo extranjero y que se centra en la aportación cultural de las secciones periodísticas creadas por la anterior generación, está marcando el reconocimiento de ésta como guía y mentora, y de sus miembros como algo más que compañeros, como algo menos que maestros académicos. Esta impresión de continuidad entre ambas generaciones, que oscila desde la actitud discipular hasta la actitud de complementación y perfeccionamiento aun polémico de los principios alcanzados por los mayores, podría estar indicando un desarrollo armónico de un largo tramo de la vida nacional, que a su vez corresponde a una toma de conciencia de los problemas básicos en que se debate la sociedad uruguaya: el inconformismo del 40, su actitud beligerante, su diagnóstico crítico de la realidad, su lucidez y aun su hipercriticismo, estaban apuntando a un reconocimiento auténtico de los problemas, y en la medida en que estos no han hecho sino corroborarse, acentuarse, agravarse, la aportación de los intelectuales del 40 podrá desde luego ser objeto de complementación, pero no de drástica negación, tal como la misma generación del 40 tuvo que hacer respecto a los falsos valores y a los falsos planteos que encontró cuando comenzó a actuar. Efectivamente, uno de los reproches más repetidos, que los jóvenes del 55 dirigieron a los del 40, fue su actitud especulativa, crítica, “balconadora”, incluso su indecisión para complicarse en el barro de la realidad, pero no fueron discutidos ni su análisis ni su denuncia, que, al contrario, obtuvieron el apoyo de los más jóvenes en forma decidida.

Carlos Real de Azúa destacó esta continuidad diciendo que la generación actual “no es demasiado diferente de la anterior”. La definió como “legataria de una demolición cuya pasión e inicial dificultad no puede comprender, ni, como es obvio, compartir” y observó que la anterior “debió reorganizar toda una perspectiva del pasado cultural que tengo la impresión de que la que la sigue ha her-

